

De farmacias y... otros servicios

- Y eso qué es... ¿Acaso no llevas ni un *mocaoret*?
- No te comprendo, pero... buenas tardes
- Che, pues que no eres tan mayor como *pa* no notar que te *cai* la moquita...

... y era verdad; solo que a medias.

Así que me vi obligado a explicar a Enrique que no estaba bajo los efectos de la gripe, que normalmente preveía su afección con la vacuna pero que, llevando unos días con una abundante mucosidad, tenía un sarpullido que no sabía si era irritación o un pequeño herpes. Y, claro, lo que él entendía como mucosidad no era otra cosa que la pomada comprada en la farmacia.

No dije nada más al respecto; ni Enrique me pidió más información.

Seguimos nuestro recorrido tradicional y las pocas nuestras de conversación quedaron reducidas al cruce de alguna que otra información generalista sobre las personas con las que nos fuimos cruzando en nuestro trayecto que, por cierto, no fueron sino un par de ellas.

Tras adquirir los cuatro productos de primera necesidad de los que tenía urgencia, marché a mi refugio en plena Vall enguerina, donde los olivos refulgían en su verdor gracias a la humedad de la noche, que no a una lluvia tan necesaria como esquivaba.



Prendí el fuego en la chimenea que dejara preparada desde la mañana y, tras las correspondientes abluciones, me repantigué con un panfleto político, publicado recientemente en forma de libro, mientras con él en las manos pensaba: ¡menos mal que la financiación autonómica es deficiente y seguimos con la que acordaran Zapatero y Mas pues, si estuviera actualizada, tal tipo de bodrios los soportaríamos como aquellos videos electorales de tiempos no tan lejanos!

Y con tales pensamientos, la vestimenta de dormir y el calorcillo que ya producía el fuego prendido en la estufa... quedé traspuesto.

A fuer de sincero no puedo precisar el tiempo que permanecí en tal estado; pero sí recuerdo el extraño sueño en que me sentí envuelto. Verán.

* * *

La imagen nítida que mantenía al volver en mí era la de la rotonda de El Empalme. Sentado ante el volante de mi coche, de regreso a mi caseta, volví a controlar la presentación que, en forma de pequeña cajita de cartón, contenía el fármaco que, finalmente, me fue despachado en la farmacia de guardia.

Ya en esa situación de duermevela pude reconstruir lo acontecido, si bien con cierta inconexión y estampas sueltas. En efecto, recordé las molestias con que había despertado

aquella mañana, así como los pequeños pinchazos que notaba al pasar la mano por la áspera barba.

Ya ante el espejo del cuarto de baño descubría la incipiente rojez en el inicio de la fosa nasal derecha. Al igual que el elegante y diminuto tubo de aciclovir que, localizado, no expulsaba de su



interior la crema que debía ser calmante de mis molestias, y solución a los pinchazos.

También aparecía el brillo que, ante mis atónitos ojos, producía la verde cruz, así como la remisión por la que un cartel me dirigía fuera de mi pueblo en busca de un genérico remedio.

Los flases de imágenes inconexas, súbitamente, se convirtieron en el film completo de lo sucedido. Y volvió a mis labios la expresión exacta que saliera de mis labios:

- *¡Te va a salir más caro el combustible del coche que el aciclovir!*

Era la expresión de aceptación del coste de la modernidad; y, con ello, su consecuencia: buscar el lugar de destino y el acertijo en la ubicación del, para mí, necesario servicio farmacéutico de urgencia. Pero... la modernidad es más cara de lo que un simple mortal, además con molestias, alcanza a vislumbrar.

- *El fármaco solicitado no puedo servirlo. Vuelva a las diez de la mañana y la chica que le atiende se lo despachará. Hasta esa hora solo atendemos prescripciones con receta.*

La extrañeza se apoderó de un mozo de reparto, que terminaba de entregar los baldes con las emergencias farmacéuticas solicitadas, y no solo de mis meninges que recordaban mi premonición.

A decir verdad, fui profeta y pude comprobar el cumplimiento de mi predicción sobre el coste del gasoil. A las 9:10 de un domingo del mes de enero regresaba al coche con las manos vacías de remedio para mi mal y las ideas descontroladas. Prendí el motor y regresé a mi pueblo en espera que el dios del tiempo marcara con sus manecillas la feliz hora matinal en que las grandes superficies y establecimientos de parafarmacia hicieran competencia a un gremio que, bajo la presión monopolística, sojuzgan a los sufridores de los servicios sanitarios en un área de la Unión Europea, sometida a tales cacicadas por quienes, de facto, pueden gozar en condiciones monopolísticas del servicio de los remedios sanitarios que, cómoda e impunemente, solo relajan donde la competencia real existe...

Y mientras tanto los políticos de la Comarca se recrean con sus proclamas cual auténticos... politicastros del siglo XIX; sí, el de las luces.

Pepe Cerdá
14 de enero 2018